

ministerial, dará los lienzos de las paredes de los edificios públicos para que en ellos expliquen plásticamente la historia de la patria. A los ateneístas, que colaboran en los puestos clave con él, se sumarán componentes de nuevas generaciones: la de 1915 y la de *Contemporáneos*.

Pero a la arribada feliz, activísima, mexicanísima, empapada de ateneísmo, le llegará «su» tormenta. El caos de la Escuela Nacional Preparatoria, el intento de su director de involucrar a la Confederación de Obreros Mexicanos en las reivindicaciones estudiantiles, las expulsiones, la huelga, los despidos de unos y las renunciaciones de otros. Antonio Caso, celoso de la autonomía universitaria y de su independencia rectoral, renuncia igualmente. El malestar de los problemas de fondo separa definitivamente al grupo ateneísta en 1923. Al año siguiente, el propio Vasconcelos renuncia a la Secretaría de Educación Pública y sale del país.

En pirueta especulativa y puramente imaginaria, Fernando Curiel, suponiendo que Vasconcelos gana las elecciones a la presidencia en 1929, se pregunta: ¿Hubiera llamado a los suyos, pese a la ruptura y agravios de 1924, para formar un gobierno coherente que llevase a

México a un segundo renacimiento cultural? Curiel se permite jugar a la quiniela de los nombramientos y concluye profetizando una segunda ruptura cuando al Ulises Criollo le hubiera atacado el virus de la política mexicana contemporánea que él mismo combatió a Don Porfirio: la reelección.

Después de muchas horas de lectura, de memorización, de reflexión, a que obliga el libro de Curiel (libro de lectura obligada para los mexicanistas y también para los hispanoamericanistas), el lector se pregunta: ¿huella o surco? En el epílogo, Curiel se interroga: ¿ejemplo a seguir? Yo creo que si no ejemplo explícito y aceptado es esa especie de marchamo («marca, una vez aforado y reconocido el bulto») que de manera tácita creemos reconocer, con el autor, en la sensibilidad de grupos posteriores: la generación de 1915, *Contemporáneos* (¿y por qué no el Grupo Hiperión?) e incluso actitudes, compromiso social, democracia política y cultural de la sociedad mexicana actual, ideales cívicos que los intelectuales mexicanos perfilan ya, en este 98 del novecientos, hacia ese futuro del *dos mil*.

Marta Portal

Una historia de la esclavitud*

Como en otras ocasiones, los riesgos a los que un autor se somete a la hora de realizar una «historia de» resultan más que evidentes. Muchas veces este tipo de obras suelen nacer con un afán revisionista nada desdeñable y, en algunos casos, proporcionan resultados realmente extraordinarios. En otras ocasiones, lo que se busca es rellenar algunos huecos a la luz de las nuevas corrientes o tendencias historiográficas o, incluso, modificar supuestas conclusiones al amparo de nuevos avances tecnológicos que abren las posibilidades metodológicas de la investigación.

Ahora bien, en ambos casos se corre el peligro de romper con el sano equilibrio entre dos conceptos propios de la Historia, tal y como la entiende la mayoría de los profesionales en este final de siglo: la evidencia empírica y su análisis. Los riesgos de desequilibrio entre esos

dos elementos se incrementan en la medida en la que el investigador establece como marco de referencia para su objeto de estudio un amplio espectro temporal y un notable espacio geográfico.

Partiendo de lo anterior, realizar una historia de la trata supone asumir unos riesgos más que evidentes, reconocidos de alguna manera por el propio autor. Es cierto que en esta ocasión las pretensiones de realizar una «historia de» se deben atribuir más a los responsables de la edición en castellano que al autor —en su primera edición en inglés no aparece ningún subtítulo—. A pesar de ello, el propio Thomas reconoce en la misma introducción de su obra la incapacidad de añadir algo nuevo a los estudios existentes sobre la trata (pág. 9). Llegados a este punto, cabría preguntarse la razón por la que se suman 900 páginas a la ya extensa bibliografía existente sobre el comercio de esclavos en su faceta espacio-temporal más tradicional (Europa-África-América). La lectura de la obra, su composición interna, así como el recurso a las fuentes secundarias y la discrecionalidad en cuanto al uso de las fuentes primarias, nos sitúan ante una referencia bibliográfica más que aceptable entre las obras de divulgación masiva. La capacidad de síntesis de una buena parte de la producción secundaria, junto a los aportes que proporciona la nota bibliográfica, supe-

* *Hugh Thomas, La trata de esclavos. Historia del tráfico de seres humanos desde 1440 hasta 1870, Planeta, Barcelona, 1998 (898 págs.).*

ran con creces las características a las que las obras de divulgación nos tienen acostumbrados.

Continuando con la propia declaración de intenciones el autor, el objetivo central de la voluminosa obra es la de escribir «mi propia historia de la trata» (pág. 9), algo revelador para ese tipo de lectores y profesionales que conciben la producción historiográfica como algo cimentado sobre el difícil equilibrio antes citado. Si alguna cuestión está demostrada y aceptada es que los procesos que interesan a los científicos sociales, y el autor así se considera, no son patrimonios personales ni se encuentran aislados del resto del universo del conocimiento.

Como en otras ocasiones —recordemos sus obras sobre la conquista de México, la Guerra Civil española o Cuba—, la descripción y la suma de acontecimientos, a veces un tanto desordenados, se articulan como los elementos conductores de una buena parte de la obra —si no de toda— del polifacético y multitemático hispanista británico.

Las fechas, los nombres y los apellidos junto con las acciones puntuales se mezclan en un baile continuo que proporcionan al lector una fuente cuasi enciclopédica de topónimos y gentilicios —el índice de nombres y temas ocupa 39 páginas— asociados al comercio humano.

Más discutible es la capacidad que tal cantidad de información presenta a la hora de concentrarse o inspirar unas conclusiones que premien el esfuerzo desarrollado anteriormente. Aunque esbozadas en los primeros instantes introductorios, las preguntas que deberían marcar el desarrollo de la investigación del hispanista no encuentran respuesta en ningún apartado de la obra. Es cierto, como aventura el autor, que el fenómeno del comercio de esclavos puede arrojar luz a líneas de investigación variadas, lo que demuestra la complejidad de un proceso que hunde sus raíces en la antigüedad y que desgraciadamente ha sido capaz de llegar hasta nuestros días. Esa misma complejidad, común a los hechos de los que se ocupan las ciencias sociales, debe hacernos huir de conclusiones simples que, en un intento de explicar la complejidad, pueden conducirnos al reduccionismo. Asumir que es dudoso que la abolición hubiese triunfado cuando lo hizo de no ser por la capacidad que tenía el movimiento de los cuáqueros de organizar, primero a sus miembros y, luego, a quienes no lo eran (pág. 791) supone minimizar los efectos de cambio en las dinámicas nacionales y en el panorama internacional que tuvieron las sucesivas revoluciones de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX que fomentaron esa *capacidad de organi-*

zación. Buscar y encontrar héroes en un fenómeno tan complejo como la abolición (véase de nuevo la página 791), reporta tan pocas satisfacciones, en términos intelectuales, como encontrar culpables en el fenómeno de la trata. Además, este tipo de conclusiones resultan un tanto contradictorias con el argumento central de Thomas, la internacionalización del comercio de esclavos. Como demuestra el autor, el tráfico de esclavos fue —y continúa siendo— una empresa internacional, en la que los principales países y regiones europeas participaron de una u otra manera. Aunque sustentada por los intereses económicos, la legitimación del proceso obedecía mucho a uno de los grandes motores de la expansión de la cultura occidental, bien en su faceta católica, bien en su faceta protestante, como ha sido la idea de civilización, algo que

queda a la perspicacia del lector. Este ahínco en demostrar la internacionalización, y con ella la complejidad, de la trata, obliga a superar el nivel de los nombres propios y de los héroes particulares al buscar padres de la abolición.

La recurrencia temática de la obra de Thomas —captura/compra, travesía, llegada— se suaviza con los intentos de sistematización, algo apresurados, de la faceta internacional de todo el fenómeno. De un internacional mundo de nombres propios promotores de la trata, pasamos a un internacional mundo de nombres propios abolicionistas. En el medio, casi sin lugar, nos encontramos a los propios africanos esclavos. Los historiadores africanos no llegaron a la cita.

Pedro Carreras López